



Grupo Temático N° 15: Relaciones laborales, negociación colectiva y acción sindical.
Coordinadores: Damián Pierbattisti, David Trajtemberg y Ricardo Spaltenberg

¿Para qué es importante la revitalización sindical?

Autor/es: Paula Varela
E – mails: paula.varela.ips@gmail.com
Pertenencia institucional: UBA/CONICET/IPS

El nuevo protagonismo sindical en la Argentina actual es un hecho ineludible. Y el impacto que esto ha tenido en las ciencias sociales académicas, también. No es para menos, el movimiento obrero “retorna” luego de tres décadas de tesis sobre el fin de la clase obrera o, en sus versiones más optimistas, de su secundarización a manos de nuevos sujetos. Si bien la propia realidad ha empujado hacia una revisión crítica de dichas tesis, no ha logrado aún sacudirse lo que Perry Anderson llamó la “sublimación teórica”¹ de la derrota. En este artículo queremos desarrollar críticamente lo que consideramos las dos grandes perspectivas analíticas que intervienen en el debate sobre revitalización sindical porque cada una de ellas expresa una serie de presupuestos teóricos y consecuencias políticas que establecen distintas definiciones de “los alcances y límites de la acción sindical”. Y de esa forma responden a una pregunta que no suele ser formulada pero que siempre está presente: ¿para qué sería importante que los sindicatos “vuelvan”?

¹ “La derrota es una experiencia dolorosa que uno siempre siente la tentación de sublimar”, Anderson *Consideraciones sobre el marxismo occidental*.



La ilusión estatalista

Tributaria de una perspectiva de tipo institucionalista o neo-institucionalista² o, en otras ocasiones, con objetivos menos analíticos o explicativos, y más descriptivos³, la mirada estatalista atribuye el nuevo protagonismo sindical a la política gubernamental de implantación de lo que se ha denominado un “nuevo modelo de relaciones laborales” o “nuevo patrón de representación de intereses” que revertiría el modelo neoliberal. Con la mirada concentrada en la relación entre las cúpulas sindicales y el Estado, la revitalización sindical podría observarse a través de los tres indicadores “clásicos” (densidad sindical, negociación colectiva y conflictividad laboral), todos elementos que expresarían el retorno de la histórica estructura sindical fuertemente centralizada, particularmente la CGT unificada bajo la dirección de Hugo Moyano, y su papel protagónico en las instancias de “pacto social” tripartito entre el gobierno, los sindicatos y los empresarios (como los consejos del salario durante la presidencia de Néstor Kirchner) en los que se definen, básicamente, las pautas salariales. Estas perspectivas se apoyan en una serie de hechos que, al mismo tiempo que existentes, son, sin embargo, menos unívocos que como suelen aparecer en este tipo de análisis. Estos hechos son el aumento exponencial en la homologación de acuerdos y convenios colectivos de 2004 en adelante (para tener una idea, de 2004 a 2010 se homologaron un total acumulado superior a los 7000, lo que implica un promedio de 1000 negociaciones por año, cifra que quintuplica el promedio anual de la década del 90, fijado en alrededor de 200); un aumento en las cifras absolutas de la afiliación sindical (lo que no es lo mismo que afirmar, como se ha hecho con frecuencia, que ha habido un aumento de la densidad sindical), un aumento de la conflictividad laboral⁴ fuertemente centralizada en lo referido a las demandas por salario (que se combina,

² Véase Etchemendy, 2012; Etchemendy y Collier, 2008.

³ Novick, 2006; Palomino y Trajtemberg, 2007; Palomino, 2008

⁴ Pese a las dificultades para tener una medición certera de los conflictos laborales que permita hipótesis a mediano y largo plazo (por la inexistencia de series oficiales de huelgas y conflictos laborales que se sostengan en el tiempo, y las distintas metodologías, unidad de observación y fuentes que utilizan los equipos de investigación que realizan mediciones) hay un cierto consenso entre los especialistas respecto del crecimiento de la



sin embargo, con una fuerte descentralización en conflictos por empresa con otro tipos de demandas); y un nuevo protagonismo de corte político en lo que se refiere a la movilización de trabajadores organizados (como se mostró, por ejemplo, en 2008 frente al denominado “conflicto del campo”), protagonismo que intentó trasladarse al interior del PJ disputando, sin éxito, un retorno al 33% de los cargos electivos. Las mayor parte de las veces, el análisis del aumento de estos índices de fortalecimiento de los sindicatos trae aparejada una evaluación positiva del “modelo sindical” en nuestro país (es decir, el modelo peronista basado en el unicato) en la medida en que éste habría permitido conservar los resortes institucionales necesarios para su nueva puesta en funcionamiento a partir de 2003. Y también trae aparejadas una serie de amalgamas que terminan afirmándose aporoblemáticamente, a saber, la igualación entre más negociación colectiva y más derechos de los trabajadores, o más conflictividad laboral y “conflictos del crecimiento”, amalgamas que no condicen con análisis más minuciosos de esos procesos⁵.

Más allá de esta debilidad de base empírica, consideramos que el principal problema de este tipo de abordajes es que presentan un punto de partida teórico que termina constituyéndose en un obstáculo epistemológico a la hora de analizar el nuevo protagonismo sindical: la consideración de la institución sindical como una unidad homogénea cuya expresión sería la conducta de las “cúpulas”. De allí se desprenden dos tipos de problemas. El primero es que impide situar los elementos institucionales manifestados a través de las direcciones sindicales en relación con la lucha de clases que excede el estricto ámbito institucional y se manifiesta a través de distintos canales, por ejemplo, un ámbito de acción, organización y lucha sindical particularmente importante en nuestro país: el de las Comisiones Internas y Cuerpos de Delegados en el lugar de trabajo. La invisibilización analítica de ese ámbito de organización sindical en el lugar de trabajo es especialmente problemática en Argentina donde éstas expresaron históricamente la tensión entre la institucionalización (en la medida en que son parte de la estructura sindical

conflictividad *laboral* en la década kirchnerista. Para un análisis de algunos de los problemas metodológicos de los estudios cuantitativos puede consultarte el artículo de Pablo Ghigliani, 2009.

⁵ Para un análisis de la relación entre negociación colectiva y “derechos laborales” véase los trabajos del Observatorio del Derecho Social de la CTA y la tesis de Clara Marticorena (2014).



reconocida legalmente), y el movimiento (en la medida en que es allí donde se han manifestado recurrentemente los cuestionamientos a esta propia estructura sindical fuertemente estatizada). Esa tensión que ha sido estudiada en textos ya clásicos sobre los sindicatos bajo el peronismo como los de Louise Doyon o Daniel James, o en investigaciones más recientes como las de Alejandro Schneider o Marcos Schiavi, resulta completamente soslayada en la mirada estatalista lo que redundará en un problema analítico central para mirar la actualidad, dado que también hoy esas organizaciones constituyen en elemento explicativo de primer orden del proceso de revitalización sindical. El segundo problema teórico es que encorseta la discusión en una polarización entre “lo nuevo” y “lo viejo” que obscurece el análisis de los rasgos de continuidad y de ruptura, y por ende, de las contradicciones que el nuevo protagonismo sindical presenta respecto de la herencia de los 90 y de las jornadas de diciembre de 2001. La mirada estatalista marca la cancha del debate en términos de una polarización pobre en matices entre el supuesto “modelo excluyente” de los noventa y el supuesto “modelo incluyente” del kirchnerismo. En el medio, no sólo se pierde la problematización de esos “modelos” en sí mismos y el análisis de la relación entre ambos, sino que se pierde, nada más y nada menos, que la pregunta por el 2001 como crisis del conjunto de instituciones forjadas en el neoliberalismo (entre ellas también la sindical), y la viabilidad de su reconstrucción sobre las bases de fragmentación y pérdida de derechos obreros que dejó la década del 90.

Dicho en otros términos, la mirada estatalista impide responder a la pregunta acerca de qué posibilidades hay del retorno del “gigante” sin la reactualización de lo que Juan Carlos Torre puntualizó como las condiciones que le dieron origen: un mercado de trabajo estable que presionaba hacia la homogenización social de la clase obrera, y una adhesión absolutamente mayoritaria al peronismo que presionaba hacia la homogenización ideológico-política de esta misma clase obrera⁶. Ambas condiciones han sido puestas en jaque por el propio peronismo neoliberal haciendo que hoy exista una fragmentación social inédita (por los altísimos niveles de informalidad y precarización laboral) y también una

⁶ Véase Juan Carlos Torre, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*



fuerte fragmentación ideológico-política (o más precisamente, una indeterminación) al menos en una franja importante de los trabajadores que no adscriben al peronismo como identificación política⁷. ¿Pueden los sindicatos en estas circunstancias volver a constituirse en lo que Torre caracterizó como un doble papel de representación de intereses sectoriales e intereses políticos de la clase obrera? Es decir, ¿pueden volver a constituirse en suturadores de la asincronía entre acumulación y participación en un marco de crecimiento basado en la dualización del mercado de trabajo, y con una mayoría excluida de la representación sindical?

La caracterización de Etchemendy y Collier de “neocorporativismo segmentado” para designar el “modelo” sindical actual y sus diferencias con el modelo clásico argentino, intenta acusar recibo de estos problemas reconociendo el carácter segmentado del mercado de trabajo y de la cobertura de lo negociado por los sindicatos. Pero al hacerlo subvalúa *las contradicciones entre dos procesos explosivos: la transformación de los sindicatos en “sindicatos de servicios” y el achicamiento de su base de representación por la precarización laboral; y la experiencia del 2001 (como crisis de ese modelo neoliberal de instituciones, entre ellas, los sindicatos) y la posterior ampliación del mercado de trabajo por la incorporación de millones de jóvenes a las fábricas y establecimientos*. La contradicción entre esos dos procesos se vuelve claramente manifiesta si se mira, más allá de la relación entre las cúpulas y el Estado, los lugares de trabajo y el surgimiento de un sindicalismo de base en ese *locus* de organización y politización obrera con tanta tradición en Argentina.

A su vez, el intento de sostener la idea de un neocorporativismo segmentado obliga a los autores a transitar el sinuoso camino teórico (por no hablar del problema político para una mirada que se pretende progresista) de defender el “sindicalismo de servicios” como estrategia que le permitió a los sindicatos en los 90 resistir la ola anti-sindical. Y los obliga a pretender que ese mismo sindicalismo de servicios recobre la legitimidad que su propia estrategia de garante de la fragmentación obrera mina (en un contexto de expansión del

⁷ Véase Paula Varela, 2015.



mercado de trabajo y baja de la efectividad del disciplinamiento que genera la desocupación masiva). La contradicción entre la función básica de los sindicatos de masas paridos en la primera mitad del siglo XX de operar como organizaciones de aglutinamiento (y disciplinamiento) de la clase obrera, y la necesidad estatal de mantener la fragmentación obtenida como gran conquista de la burguesía en los noventa, es la principal contradicción que enfrentan los sindicatos hoy para superar la crisis de representatividad y re-constituirse en la doble representación de la que habló Torre. Esa contradicción se profundiza, en lugar de solucionarse, a medida que se consolida el modelo de sindicatos de servicios (que es el que ha primado en estos 10 años a nivel de la cúpula sindical) en un contexto de estancamiento económico y crecimiento de la inflación como el que se instaló de 2012 en adelante. En este contexto, la idea un sindicalismo clásico argentino pero con la base achicada, parece más una ilusión conservadora que una posibilidad histórica.

Quisiéramos hacer aquí una aclaración. Señalar esta contradicción como el principal problema que enfrenta la estrategia estatalista hacia los sindicatos hoy, no significa en absoluto considerar que es una novedad del neoliberalismo la tensión entre la función sustancial del sindicato de superar la instancia de enfrentamiento de los obreros entre sí y del obrero individual con el patrón, y transformarla en enfrentamiento del colectivo de clase, y la necesidad histórica de la burguesía de fragmentar el colectivo obrero. Por el contrario, esas dos tendencias contrapuestas han sido largamente tematizadas dentro del marxismo desde fines del siglo XIX y principios del XX bajo los debates sobre la aristocracia obrera⁸. Sin embargo, es pertinente ponerla en el centro de la escena hoy en la medida que permite una mejor comprensión de la relación entre tres naturalizaciones que la mirada estatalista refuerza: la de la inevitabilidad de la precarización laboral, la de la

⁸ Ya en Marx y Engels está la idea de que los sindicatos no representan al conjunto de la clase obrera sino a una minoría aristocrática de obreros privilegiados, atribuida a que Inglaterra es la nación de mayor desarrollo burgués, motivo por el cual puede engendrar (en forma transitoria) una aristocracia obrera (un “proletariado burgués”). En la misma línea se expresa Lenin cuando dice: “Hay que señalar que en Inglaterra la tendencia del imperialismo a dividir a los obreros, a fortalecer el oportunismo entre ellos y a causar una descomposición temporal en el movimiento obrero, se manifestó mucho antes de fines de siglo XIX y comienzos del XX. Pues a mediados del siglo XIX se observaba ya en Inglaterra dos importantes rasgos distintivos del imperialismo: vastas posesiones coloniales y monopolio sobre el mercado mundial”, 1974: 131.

profundización de la tendencia a la transformación de los sindicatos en prestadores de servicios “para unos pocos”, y la de la existencia necesaria de una burocracia que gestione esas prestadoras de servicios. Ya sea más o menos abiertamente y, en la mayoría de los casos bajo argumentos de tipo de “realismo político”, estos tres aspectos resultan en núcleos duros intocables en la discusión de revitalización sindical desde la mirada estatalista. Esto implica, en los hechos, una aceptación de la principal derrota de la clase obrera en los noventa que fue su fragmentación a través de las diversas formas de precarización (mercado de trabajo, consumo productivo de la fuerza de trabajo y des-indicalización) y una defensa del modelo de sindicalismo de servicios (y de sus gestores⁹).

La consolidación del sindicalismo de servicios es la política complementaria de la consolidación de la fragmentación e individuación de la clase trabajadora. Ambas conducen a que el horizonte de organización de la clase como tal se diluya, y con él la percepción subjetiva de pertenencia al colectivo de la clase obrera, lo que Marx llamó “la unión cada vez más extensa de los obreros”. Al respecto, resulta muy interesante el análisis que realiza Richard Hyman¹⁰ sobre la relación entre la concepción del sindicato como prestador de servicios, la eficiencia como criterio de evaluación en apariencia neutral de la política sindical y el desdén por el problema de la democracia sindical (todos elementos que aparecen en la visión estatalista de la revitalización sindical). “Esta cuestión [de la satisfacción de los afiliados] puede relacionarse con un tema tratado previamente en este capítulo: la extensa preocupación por la eficiencia como principal piedra de toque de las relaciones de control en los sindicatos. El argumento habitual es, en esencia, que los

⁹El predominio de la oferta de “servicios” como núcleo de la actividad sindical ha sido atribuido, básicamente, a lo que se denominó “el sindicalismo empresario” (los denominados “gordos” de la CGT oficialista durante los 90). Sin embargo, es una tendencia que excedió ese sector de sindicalistas y se introdujo como lógica de acumulación de poder de los dirigentes sindicales en general y como lógica de “fidelización” de la minoría de afiliados correspondientes. Uno de los ejemplos más claros es el del propio Hugo Moyano que, siendo representante del ala “disidente” de la CGT, incrementó exponencialmente la base de sus recursos a través de empresas de ART, seguros, constructora y obra social. Para un estudio sobre el gremio de camioneros véase Benes y Fernández Milmanda (2012) y Gabriel Pontoni (2013). Durante el gobierno de Néstor Kirchner, a estos mecanismos heredados de los 90 se agregó la masivización de la llamada “cuota solidaria” (aporte económico de los no afiliados al sindicato) lo que profundizó amplió la brecha entre recursos propios de los sindicatos (y sus direcciones) y base de representación.

¹⁰ Véase “Las relaciones industriales desde una perspectiva marxista”, 1976.



dirigentes que tienen relativa libertad para poner en práctica sus propias opiniones puede dirigir los asuntos del sindicato con mayor eficacia, y por tanto proporcionar mejor servicio a sus afiliados. En consecuencia, puede esperarse que éstos aprueben el *resultado* de la toma de decisiones sindical, incluso aunque ejerzan poco o ningún control sobre el propio procedimiento [...] Una debilidad fundamental de este enfoque es que el *significado* de la eficacia pocas veces se considera expresamente. El concepto de eficacia es aplicable con propiedad sólo cuando consideramos métodos o técnicas, costes y beneficios relativos de distintos medios utilizables para lograr un fin u objetivo dado. De ello se sigue que nada sensato se puede decir acerca de la eficacia de cualquier procedimiento hasta que no se haya especificado el objetivo, y se sepa qué se va a contabilizar como costes y beneficios [...] ¿Cuáles son entonces los objetivos del sindicalismo? Si los sindicatos son instrumentos de poder para la clase obrera, elementos de una estrategia para ejercer control sobre su entorno de trabajo hostil, de ellos resulta que su finalidad debe definirse en *términos de las aspiraciones de sus miembros*. Tanto si la democracia sindical es un método eficiente para lograr los objetivos sindicales, como si no, la separación entre democracia y formulación de esos objetivos subvierte la verdadera razón fundamental del sindicalismo”¹¹. Esta relación entre democracia y establecimiento colectivo de los objetivos de la organización que establece Hyman, desplaza el debate de la democracia del ámbito estrictamente metodológico y lo coloca donde debe estar: en el terreno de la definición estratégica de los objetivos de la organización obrera.

El movimiento es todo

Contrapuesta a la defensa del sindicalismo de servicios aparece una segunda acepción de la “revitalización sindical” asociada a la pregunta por un cambio de estrategia para los sindicatos y, ligada a ella, al debate sobre “sindicalismo de movimiento social”. Si bien en

¹¹ Richard Hyman, 1976: 98- 100, destacados míos.



términos teóricos, este tipo de debates sobre sindicalismo de movimiento social son minoritarios en Argentina¹² (tanto en la academia como en ámbitos de activismo sindical y político) los elementos que presentan son importantes porque expresan un doble movimiento que resulta contradictorio: por un lado, el rechazo al fatalismo de la degeneración de los sindicatos en sindicalismo empresario o puramente de servicios, y en este sentido expresan *la resistencia al neoliberalismo en el campo sindical*; por otro lado, la aceptación de la pérdida de centralidad de la clase obrera y, por ende, el corrimiento de una mirada centrada en los trabajadores a una mirada centrada en los movimientos sociales, *lo que redundó en la impotencia de esa misma resistencia*.

Estas teorizaciones que surgen a nivel internacional en la década del '90, fueron la respuesta (heterogénea) a las tesis liquidacionistas de los sindicatos que se presentaban como análisis “realistas” de las organizaciones de trabajadores en un contexto de contrarreformas neoliberales, y que se manifestaban en dos hipótesis: o bien, los sindicatos se dirigían inevitablemente a ser organizaciones marginales, o bien se reconvertían en sindicatos de servicios para una minoría asalariada y registrada, cuya máxima expresión era el sindicalismo empresario.

Ante esto, el término “revitalización sindical” (surgido en los países anglosajones) refiere no sólo al análisis de una situación histórica particular sino a una suerte de programa (no unívoco) de sobrevivencia y/o recuperación de los sindicatos en un escenario hostil de globalización neoliberal. Los puntos de ese programa podrían resumirse en: modificaciones en la concepción corporativa de la afiliación (contemplando afiliaciones individuales o de grupos de trabajadores no ocupados); revisión del problema de la democracia interna en contraposición con las estructuras burocráticas de los sindicatos de servicios o empresarios; la incorporación de una mirada internacional dado el carácter mundial de las modificaciones en el “mundo del trabajo”; la construcción de alianzas con otras organizaciones de la sociedad civil (nuevos movimientos sociales por reclamos no

¹² Para un recorrido por el impacto de este debate en las ciencias sociales locales, véase Ferrero y Gurrera (2007); Senén González, C. y Haidar, J. (2009); Senén González, C. y Del Bono, A. (2013)



sindicales ya sea de género, etnia, inmigración, etc.); y la puesta en cuestión de la dimensión de la territorialidad en el sentido de pensar la relación entre el lugar de trabajo, la comunidad y los pobres o desposeídos como parte de los problemas relativos a los sindicatos¹³.

Esto es lo que puede encontrarse en las obras de Waterman; Frege y Keely; Heery, Kelly y Waddington; Fairbrother y el propio Moody¹⁴ que, desde su calidad de activista y organizador sindical en EEUU, acuña la idea de “sindicalismo de movimiento social” generalmente asociada a la discusión anglosajona de “revitalización sindical”.

Ante los pronósticos de crisis de los sindicatos (pronósticos hermanos de la pérdida de centralidad de la clase obrera), las tesis de revitalización sindical tuvieron dos virtudes que es necesario señalar porque resultan un piso ineludible de cualquier discusión sobre el posible fortalecimiento de los sindicatos hoy. En primer lugar, oponerse al sindicalismo de servicios y/o empresario como “adaptación inevitable” de los sindicatos a las nuevas reglas de juego neoliberales. Esa oposición obligó a restituir discusiones claves que parecían obsoletas como el problema de la autonomía respecto del estado y de los partidos de gobierno, el carácter contestatario de la organización de los trabajadores y oprimidos, la potencialidad crítica de la organización desde abajo. Como señalan Upchurch y Mathers, el sindicalismo de movimiento social (SMS) “se ha destacado como un curso alternativo para los sindicatos, que buscaba revitalizar las dimensiones autónomas, inclusivas y críticas de la práctica sindical, en contraste con las prácticas subordinadas, exclusivas y acríticas del sindicalismo empresario y de concertación social” (2011: 266). En este sentido, uno de los principales aportes del SMS es haber combatido el conservadurismo inscripto en los determinismos ya sea institucionalistas como economicistas y haber abierto la puerta al

¹³ Las experiencias que suelen presentarse como “modelo” del sindicalismo de movimiento social son la CUT brasileña y su papel central de articulador de la lucha contra la dictadura militar, y la COSATU, central sindical sudafricana, y su fuerte participación en la lucha contra el Apartheid. Algunos de estos elementos pueden rastrearse en la declaración de Burzaco de formación de la CTA en 1993.

¹⁴ Véase Waterman, 1999; Frege y Keely 2003; Heery, Kelly y Waddington, 2002; Fairbrother, 2005; (1997)

debate sobre las “prácticas sindicales” otorgando a la organización sindical un cierto margen de elección de su propio desarrollo.

La segunda virtud es que al colocar en el centro de la escena la pregunta sobre cómo recuperar poder sindical “desde abajo” en un contexto de hiper precarización y fragmentación de la fuerza de trabajo, restituyeron una discusión que en el auge de los sindicatos social-demócratas o sindicatos corporativos había sido aplastada por la fortaleza de estas organizaciones: *la pregunta por la autonomía de los sindicatos*. Al hacerlo, colocan la mirada en dos aspectos de suma importancia que han sido subvaluados en la literatura sobre las crisis de los sindicatos: la relación entre las bases y las cúpulas, y a partir de allí, el problema de la *burocracia sindical*; y el problema de la articulación del movimiento obrero con otros sectores oprimidos, es decir la cuestión de las *alianzas de clase*.

Sin embargo, dos dificultades encuentran para responder la pregunta que ellos mismos instalan. La primera, *una débil tematización del Estado en general y del papel que juega el proceso de estatización de las organizaciones sindicales* en el capitalismo contemporáneo. Esta debilidad hace que la subordinación de los sindicatos al Estado quede reducida a su versión legal (el unicato¹⁵) y por ende, alienta la ilusión de la identificación entre “sindicatos legalmente libres” y “sindicatos independientes”. Si vemos el caso de la CTA en Argentina (que, al menos en términos discursivos, se ha referenciado en el sindicalismo de movimiento social) se ve claramente la reducción de la lucha por la autonomía, a la lucha por la denominada “libertad sindical” (fin del unicato), es decir, el reconocimiento legal de la central y la pluralidad de sindicatos por rama y por empresa. Esta reducción no expresa solamente un problema teórico (en la medida en que la estructura sindical legal es *una* expresión de la estatización pero no la explica en su conjunto), sino un problema político que en la Argentina postconvertibilidad tomó valores concretos. La negativa del

¹⁵ La Ley de Asociaciones Profesionales en Argentina establece que será reconocido y habilitado por el Estado un solo sindicato por rama de actividad. Esto implica que las negociaciones colectivas se establecen con dicho sindicato, siendo su resultado válido para todos los trabajadores de esa rama de producción, estén o no afiliados (*erga omnes*).

gobierno kirchnerista de otorgar la personería gremial a la CTA produjo dos efectos: por un lado, paralizó a la central, la llevó a un callejón sin salida¹⁶, y consolidó la crisis que hoy viven sus dos fracciones, oficialista y opositora¹⁷; por otro, dejó al descubierto, con la transformación de la CTA Yasky en central gubernamental, que la independencia respecto del Estado (y del partido de gobierno) se juega en el terreno de la estrategia política de la organización obrera respecto a la defensa de los intereses de los trabajadores que representa (y no únicamente en el terreno de la legalidad).

Esta subestimación en el análisis de la relación de los sindicatos con el Estado, es el par complementario de la disociación entre los problemas organizativos y los problemas políticos, lo que redundaba en una también débil tematización sobre la democracia sindical. La teoría del sindicalismo de movimiento social tienden a considerar los problemas de organización como alfa y omega de la posibilidad de recuperación de la fuerza sindical de los trabajadores, como si esos problemas fueran independientes (o independizables) de la estrategia política que esas organizaciones postulan hacia el Estado y hacia las patronales. La cuestión de la burocracia y de la democracia sindical aparecen entonces reducidas a una discusión de una serie de mecanismos y técnicas de organización que pretenderían garantizar una matriz democrática entre bases y dirigencias que resultan, en el mejor de los casos, ingenuas en la medida en que no están imbricadas con los objetivos políticos (de conciliación o enfrentamiento de clases) que el sindicato se propone. En este sentido significa un retroceso respecto de la relación entre medios y fines que desarrolla Hyman en la primera mitad de la década del setenta, y que es revisada en la segunda mitad.

El segundo problema central es la forma en que conceptualizan las alianzas del movimiento obrero con otros sectores sociales a los fines de fortalecer el movimiento “desde abajo”. Esta alianza está concebida como una *articulación entre pares*, esto es, entre los trabajadores y los movimientos de género, territoriales, inmigrantes, étnicos, sexuales,

¹⁶ Para un análisis de la CTA, véase Martín Armelino 2012

¹⁷ De 2012 en adelante, y en forma inédita en la historia nacional, existen 5 centrales sindicales: a) CGT Moyano; b) CGT Balcarce (oficialista), dirigida por Antonio Caló (metalúrgico); c) CGT Azul y Blanca (minoritaria) dirigida por Luis Barrionuevo (gastronómico); d) CTA oficialista dirigida por Hugo Yasky (docente); e) CTA opositora, dirigida por Pablo Micheli (estatal).

como si ocuparan posiciones sociales equivalentes en el capitalismo. Esto lleva a la teoría (y al programa) a otro callejón sin salida que resulta de la siguiente pregunta: ¿la articulación es producto de la pura voluntad subjetiva entre las partes o tiene puntos de apoyo objetivos?¹⁸ Dicho en términos de John Womack¹⁹, desposeyendo a los trabajadores de su posición estratégica y del poder social que otorga esta posición estratégica en la producción y circulación de mercancías, las alianzas quedan sujetas a la pura aleatoriedad y puro voluntarismo. Es la propia igualación de los trabajadores con el resto de sectores sociales oprimidos y populares organizados en multiplicidad de movimientos, la que obtura una estrategia de articulación. Esta encrucijada teórica ha abierto la puerta a interpretaciones de la teoría de sindicalismo de movimiento social en la que toda noción de clase trabajadora o de trabajadores se disuelve en la noción de “ciudadanos” a partir de la cual la articulación ya no es entre colectivos de clase o colectivos sociales, sino directamente entre individuos. Si uno mira la experiencia de la CTA en esta clave encuentra la expresión política de este problema teórico. La articulación entre sectores de asalariados (básicamente estatales donde es fuerte la central) y el movimiento de desocupados en Argentina ha sido organizativa, y no social y política. Si bien la central recibe la afiliación de movimiento piquetero al mismo nivel que de colectivos de asalariados (y de individuos) eso no ha evitado el corporativismo como estrategia política. Más aún, un doble corporativismo, el de los desocupados (con su agenda y dinámica de luchas) y el de los asalariados (con la suya). La confluencia ha sido más bien simbólica que en tanto constitución de fuerza social.

Son estos dos problemas los que nos llevan a considerar que el SMS no puede evitar constituir una suerte de “programa de la derrota” en la medida en que, sus principales

¹⁸ El mismo problema se encuentra en algunas teorizaciones que intentan ampliar el concepto de trabajadores a los fines de “descorporativizarlo”, como el caso de la teoría de los trabajadores subalternos elaborada por el historiador Marcel van der Linden. La negación de alguna posición estratégica del trabajo asalariado respecto de otras formas de trabajo, vuelve muy difícil encontrar un punto de Arquímedes en el que apalancar la posible alianza de clases que aspire a una estrategia de poder subalterno. Para una crítica a esta perspectiva, véase Varela, 2012; 2014.

¹⁹ Véase Womack, 2007.



postulados parten de la aceptación de la pérdida de centralidad de la clase obrera²⁰ y por ende de los límites de su potencialidad, lo que termina operando como profecía autocumplida de la imposibilidad de revitalización sindical. Paradójicamente, la posibilidad de revitalizar los sindicatos estaría atada a la aceptación de que el conflicto capital-trabajo ya no articula al conjunto de relaciones de dominación sociales y que, por ende, la clase obrera no constituye un sujeto capaz de operar como punto arquimédico de una alianza de las clases subalternas.

Esto nos coloca ante una encerrona en el debate sobre el retorno de los sindicatos a la escena nacional. En las visiones estatistas el techo de la acción sindical (y con él de las conquistas de los trabajadores) está puesto por el bajo techo del Estado pos-neoliberal y su imposibilidad de restituir la “inclusión” añorada. En las visiones del tipo movimentista, la búsqueda de la autonomía redundante en la impotencia de lo social-no-hegemónico en la medida en que, al mismo tiempo que contra el pensamiento dominante defienden la organización y lucha de los trabajadores en sentido amplio, los niegan como sujeto capaz de hegemonizar la lucha social. El debate teórico se polariza, entonces, entre un supuesto realismo político que apunta al Estado como “empoderador” de las organizaciones sindicales (y reduce a la clase obrera a negociador de un precio que ha sido bajado por la propia derrota neoliberal), y una ilusión de lo social que propone una autonomía desde abajo aunque no queda claro en qué fuerza social se sostiene.

Argentina expresa hoy la crisis de ambas perspectivas. La ruptura de la CGT de Hugo Moyano con el gobierno nacional mostró las contradicciones del “modelo” corporativista (y lo ilusorio de un neocorporativismo segmentado); por su parte, la fractura de la CTA mostró la fragilidad del discurso alternativista, configurando una CTA oficialista aliada al

²⁰ Es importante señalar que la igualación entre movimiento obrero y otros movimientos sociales es más bien un producto del desarrollo de las teorías de sindicalismo de movimiento social que de su formulación original en Moody (aunque allí se encuentre inscripto). Moody destaca la “mayor fortaleza” de los trabajadores organizados pero esta fortaleza parece morderse la cola al buscar su sustento en la propia organización. “(...) El sindicalismo de movimiento social implica una orientación estratégica activa que utiliza lo oprimido con más fuerza de la sociedad, generalmente los trabajadores organizados, para organizar a aquellos que son menos capaces de sostener una automovilización: el pobre, el desempleado, los trabajadores informales, las organizaciones barriales (...)” (citado en Ferrero y Guerrero, 2007: 109).



gobierno nacional y a lo más clásico del sindicalismo corporativo en Argentina, y una CTA opositora en un proceso de “articulación” cuya estrategia permanente ha sido la de aliarse a propietarios agrarios y propietarios industriales.

La apuesta clasista

Esta doble crisis del “modelo corporativo” y del “modelo de movimiento social” en Argentina, podría llevar a pensar que la recuperación de protagonismo sindical en el país en la última década no presenta ningún rasgo de “revitalización sindical”, sino que es más bien un remedo “decadente” del sindicalismo de siempre. Esa conclusión sería engañosa y resultaría más bien de una polarización entre “modelos” opuestos, que de una lectura de la realidad. Para salir de esa polarización conviene más bien preguntarse por las contradicciones de este retorno de los sindicatos al centro de la escena y mirar esas contradicciones en el cruce del plano institucional con el de la lucha de clases como entrada “analítica” a la pregunta por las prácticas sindicales o, dicho más precisamente, a las estrategias políticas que expresan estas prácticas. Para responder esta pregunta se vuelve indispensable dirigir la mirada hacia lo que sucede en *el lugar de trabajo a condición de no aislarlo como proceso independiente sino situarlo como espacio privilegiado de cristalización de estas contradicciones.*

Así mirado, el sindicalismo de base (cuya emergencia ha sido analizado en distintos estudios de caso) pasa a tener una importancia central y obliga al intento de definir sus contornos y tensiones. Su centralidad no reside en su carácter estrictamente novedoso dado que hay una fuerte tradición de sindicalismo combativo y antiburocrático en el lugar de trabajo en Argentina que ha jugado papeles políticos fundamentales en determinadas situaciones (como en la década del 70), y tampoco reside en una suerte de propiedad ontológica de las bases que haría que de allí brote la renovación (configurando un basismo ingenuo). Reside en que allí se ponen de manifiesto de manera concentrada (por la

inestabilidad de la puja entre capital y trabajo en el lugar de producción, por el peso específico que cobra allí la renovación generacional de la última década y por la presencia de dirigentes y activistas de izquierda que ganan influencia) los límites del techo estatista para el nuevo protagonismo sindical, al tiempo que se manifiesta también la importancia que adquiere el debate de estrategias políticas como parte constitutiva de cualquier proyecto de recuperación de la fuerza sindical. El sindicalismo de base expresa las contradicciones entre la recomposición social y gremial de los trabajadores que implicó el kirchnerismo, y el mantenimiento de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo que son las bases sobre las que se erige el crecimiento kirchnerista. En este “marco de oportunidades y limitaciones”, y en este *locus* de organización, el sindicalismo de base *condensa las tensiones del retorno de la búsqueda de dignidad obrera en la planta fabril*, y en ese proceso se despliega una lucha por establecer “qué es lo justo”, o dicho de otro modo, por definir patrones de necesidades, aspiraciones y por ende, programas de la clase obrera. En términos de la discusión teórica sobre la recuperación de protagonismo sindical, el sindicalismo de base pone de manifiesto la impotencia de la pregunta sobre la “revitalización sindical” cuando ésta está dissociada de la pregunta por las estrategias políticas hacia las organizaciones sindicales.

Para mirar el sindicalismo de base desde esta perspectiva queremos rescatar una serie de críticas al SMS que han aparecido en los últimos años en el mundo anglosajón (con centro en Inglaterra), y que ponen en el centro la *dimensión política* como elemento analítico indispensable para abordar la discusión sobre la revitalización sindical. Esta perspectiva está englobada bajo el nombre de “sindicalismo radical”: “Utilizamos el término ‘radical’ para designar una postura política que se opone tanto a la línea dura (neo) como a la más blanda (social) del liberalismo, reconociendo al mismo tiempo la diversidad y amplitud de las bases ideológicas de esta oposición”²¹.

Esta perspectiva ha abierto una serie de debates en revistas como *Class & Capital*, *European Journal of Industrial Relations*, *New Left Review*, y *Critical Sociology* que resultan

²¹Upchurch and Mathers, 2011: 277, traducción propia.



sumamente productivas para pensar el caso de nuestro país. La primera virtud de estos debates es que constituyen una buena crítica integral de las debilidades del SMS, sin por eso desecharlo en sus puntos fuertes como el anticorporativismo y la preocupación por la relación democrática entre bases y cúpulas. Más aún, es un intento de inscribir los cuestionamientos y elementos programáticos del SMS contra la degeneración de los sindicatos hacia un sindicalismo empresario y de servicios, en el marco de la *restitución de la relación necesaria (analítica y políticamente) entre estrategia política y revitalización sindical*. La pregunta acerca de cuál es la estrategia política de la dirección del sindicato, de la seccional o de la comisión interna pasa a ser central para el análisis empírico de los nuevos procesos en los sindicatos. Lejos de mirar la revitalización en clave institucionalista (índices de afiliación y de negociación colectiva) o en clave organizativista (técnicas de democratización o tácticas de articulación), esto *coloca en el centro el problema de la orientación política e ideológica* de las direcciones sindicales como clave con la que comprender las prácticas (de negociación, confrontación, lucha, organización y alianzas) en un contexto determinado (aunque no clausurado) de condiciones económicas y políticas. A esto refiere la idea de definir a los sindicatos como “agentes estratégicos” de modo tal de destacar el *carácter activo* de los sindicatos en la configuración de las relaciones de fuerza entre las clases.

Esto, que dicho de esta manera puede parecer una obviedad, no lo es a la luz de las tendencias objetivistas en el análisis de los sindicatos que se ha impuesto en los últimos 40 años. Ya sea desde una visión de tipo institucionalista (como la que prima en Argentina) o de una visión economicista (abonada incluso por algunos sectores referenciados en el marxismo), los sindicatos (y sus “opciones estratégicas”) han tendido a ser analizados como respuestas casi “reflejas” o “adaptativas” a condiciones institucionales o económicas (o ambas) impuestos por el neoliberalismo, lo que los ha colocado (desde miradas ideológicamente opuestas) en una suerte de excepción de responsabilidad respecto de las contrarreformas neoliberales. Por el contrario, la mirada sobre los sindicatos como “agentes estratégicos” es tributaria de los debates en el marxismo clásico, ante el desenvolvimiento

de la estatización de las organizaciones sindicales en el período de entreguerras, que fue parte (luego del reordenamiento geopolítico de la segunda guerra mundial) del llamado “pacto keynesiano”²². Estos elementos del marxismo clásico son retomados por el sindicalismo radical y actualizados a partir de la apropiación (o traducción) de nociones provenientes de las teorías de la acción colectiva, básicamente la idea de “estructura de oportunidades”. Cabe aquí una salvedad. La combinación entre la teoría marxista y las teorías de la acción colectiva presenta problemas teórico-metodológicos e incluso políticos que refieren, básicamente, a tres aspectos: la matriz individualista inscripta en la idea de racionalidad que presupone la noción de movilización; la concepción desclasada del Estado que termina presuponiéndolo como finalidad; y la ausencia de un objetivo de revolución social (interés emancipatorio) en el núcleo de la teoría (lo que la ha confinado a los pasillos de la academia)²³. Esto no obsta (y creemos que este es el caso del sindicalismo radical), que sí sea posible (y productivo teórica y políticamente) realizar apropiaciones parciales de conceptos, como el de marco de oportunidades políticas, desde la teoría marxista que ha sido, de hecho, parte de las fuentes de inspiración de las teorizaciones con eje en los procesos políticos. Como señala Colin Barker, la noción de “oportunidades políticas (e.g. Mc Adam 1982) invita a explorar las condiciones bajo las cuales los movimientos son más o menos favorecidos para aparecer y desarrollarse, incluyendo las divisiones entre las elites dirigentes. No hay una gran distancia entre esta idea y la observación de Lenin acerca de que una condición fundamental para la emergencia de una situación revolucionaria es que la clase dirigente no pueda seguir dirigiendo de la forma en que lo venía haciendo”²⁴.

²²Trotsky y Gramsci han sido, dentro del marxismo clásico, quienes más han analizado la transformación de los sindicatos en occidente luego de la Primera Guerra Mundial y las modificaciones que esto implicaba para una estrategia revolucionaria. Véase Trotsky, 2009; Gramsci, 1991, 1981. John Kelly en su clásico *Trade Unions and socialist politics* (1988) realiza un recorrido por los textos de Marx y Engels, Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky y Gramsci sobre los sindicatos. Para una reposición del recorrido de Kelly, véase Santella, Agustín (2011).

²³ John Kelly ha realizado el principal (y, por cierto, acrítico) intento de combinación de estas teorías en el campo del estudio de los sindicatos y las relaciones laborales. Véase, Kelly, 1998.

²⁴ Véase, Barker “Subjects in movement: What can research on trade unionism learn from research on social movements?”, p. 3 (traducción propia), conferencia brindada en Berlín, https://docs.google.com/file/d/0Bz3wUg3e6r_4NIBDd2pYd1dZTk0/edit



Con este herramental, el SR hace hincapié en la recuperación del plano político de la acción sindical como elemento necesario del análisis, destacando *dos dimensiones específicas de la política: el posicionamiento respecto del Estado y la ubicación y performatividad de los líderes políticos al interior de las organizaciones sindicales.*

La problematización del Estado tiene una doble productividad. Por una parte, desnaturaliza a los sindicatos como “organismos de lucha por derechos ciudadanos”, idea que la teoría de los nuevos movimientos sociales naturalizó y por ende se impuso *aproblemáticamente como horizonte* en el sindicalismo de movimiento social (cuestión que puede apreciarse en la CTA). “Mientras que la teoría de los nuevos movimientos sociales sugiere una socialdemocracia revitalizada que avance en una agenda mínima humanitaria con el apoyo de un amplio movimiento popular, la alternativa es comprender a los nuevos movimientos sociales en términos de la ampliación de la base de clase de resistencia a la capital y al Estado, y de una alternativa socialista radical (Clarke, 1991). Esto implica entender que, si bien el SMS plantea la importante cuestión de revitalizar el sindicalismo como un movimiento social en la sociedad civil, tiende a subvalorar la importante cuestión de cómo esto está ligado a la relación del trabajo con el estado”²⁵.

Correr el techo de la acción sindical en la conquista de derechos ciudadanos, implica restituirles a los sindicatos su carácter contradictorio, es decir, volver a poner el foco en la naturaleza contradictoria de los sindicatos (como *expresión y contención* de la resistencia de la clase obrera al capitalismo), cuestión que ha sido discutida bajo distintas formas como lo que Hyman llamó las visiones “pesimistas y optimistas sobre los sindicatos”²⁶, o lo que Sheila Cohen llama la tensión entre el sindicato como movimiento o como institución²⁷, o lo que Perry Anderson problematizó en su ya clásico “alcances y límites de la acción sindical”²⁸. Esa discusión, ha ocupado páginas centrales en la historia del movimiento obrero en Argentina a partir del proceso de estatización e institucionalización de los

²⁵(Upchurch y Mathers, 2011: 268)

²⁶ Véase Hyman, 1978. Para un recorrido reciente de esta discusión en el marxismo, véase Darlington 2014.

²⁷ Cohen, 2006

²⁸ Anderson. 1973



sindicatos bajo el peronismo y de la fuerte tradición de organización de base en el lugar de trabajo (que dio lugar a la muy transitada tensión entre “resistencia e integración”), y cobró fuerte peso en el ascenso de lucha de clases de la década del 70, pero fue desapareciendo en las ciencias sociales locales a medida que avanzaban las contrarreformas neoliberales, para terminar reemplazándose por la naturalización de los sindicatos como organización de lucha de derechos ciudadanos. De allí que, volver a colocar el problema del Estado en el centro del debate, resulte, aunque no novedoso (si se piensa la riqueza de lo acumulado) terriblemente productivo (si se piensa en el retroceso teórico que significó el neoliberalismo en las ciencias sociales y en las propias perspectivas de las izquierdas).

Ahora bien, ¿de qué depende que los sindicatos puedan constituirse en agentes estratégicos que incidan en la determinación de los ciclos de protesta? ¿De qué depende que, en lugar de jugar el papel de instituciones de conservación del orden existente (a través de la combinación entre consenso y coerción), se conviertan en catalizadores de la lucha de clases que involucra sectores sociales como los jóvenes que salieron a luchar en Brasil en 2013 o los de la *banlieu* francesa o los de los barrios populares del conurbano? Aquí se introduce la *segunda dimensión de la política* en la teoría del sindicalismo radical: de que existan líderes políticos y espacios de politización obrera para que los sindicatos puedan constituirse, efectivamente, en organismos de la “unión cada vez más extensa de los obreros” y, por ende, núcleos de articulación de otros sectores sociales. La posibilidad de que la organización sindical juegue el rol de agente estratégico en la definición de resultados (determinados) de los ciclos de protesta (como el que los autores del SR caracterizan actualmente en curso en Europa) depende de que existan dirigentes políticos y espacios de politización en los que pueda darse una pelea de estrategias para la intervención radical en la lucha de clases. Sin este componente (y contra toda teoría objetivista y/o espontaneísta) no es posible pensar una revitalización que coloque a los sindicatos en el plano de organizaciones clasistas contra el capital.



“Sin embargo, no es suficiente para los trabajadores la existencia de un agravio para que una huelga que se produzca, y aunque los factores estructurales son los que crean un ambiente más o menos favorable para la acción colectiva de la fuerza de trabajo, *en sí mismos* no necesariamente generan la actividad huelguística. Más bien, como ha mostrado la teoría de la movilización (Tilly, 1978; Kelly 1998), los trabajadores afectados deben tener un sentido colectivo de injusticia, deben reconocer que sus intereses son diferentes de los de sus empleadores, y deben atribuir el origen de su malestar a las acciones de sus empleadores. Pero lo más importante es que debe existir un mecanismo, en la forma de activistas sindicales que conduzcan el descontento hacia la acción colectiva. Esa es la función que el sindicalismo a menudo puede cumplir. Por lo tanto, aunque los activistas sindicales en ningún sentido puedan *causar* las condiciones materiales necesarias para llevar al antagonismo y a la actividad huelguística, ellos a menudo desempeñan un papel crucial en la estimulación de la conciencia de los agravios y de la potencialidad de la acción colectiva para la reparación de esos agravios, y en la propuesta e iniciativa de dicha acción (Darlington 2002^a; 2006; 2009^a; 2009b; 2012). En este sentido la organización sindical y el liderazgo pueden considerarse tan importantes como cualquier entramado estructural o institucional, en la configuración de la naturaleza de la acción huelguística colectiva.”²⁹.

Aquí hay una cuestión que nos interesa particularmente porque resulta central en Argentina: *el papel de los militantes políticos en el movimiento sindical (lugar tenso por definición) no está pensado en el vacío sino relacionado intrínsecamente a un lugar específico (y privilegiado) de politización de los trabajadores: la organización de base (democrática) en el lugar de trabajo.* La ideología, las tradiciones políticas, las orientaciones, la definición de los “amigos y enemigos”, los programas y todos los componentes que hacen a una estrategia política, no operan en el vacío sino que se constituyen en efectiva estrategia política (y por ende, con chances de torcer la vara en un contexto determinado) en la medida en que formen parte de los procesos de politización democráticos de los trabajadores. Y en esos procesos, hay un territorio privilegiado: la organización

²⁹ (Darlington, 2014: 119-120, traducción propio, resaltados en el original).

democrática en el espacio productivo. Esto permite pensar el lugar de trabajo como *locus* específico de organización de clase y las prácticas democráticas como vehículos de politización, sin necesidad de caer en fetichismos asamblearios o reduccionismos basistas.

Intentando establecer un equilibrio entre posiciones que pueden deslizarse hacia cierto vanguardismo por el peso excesivo atribuido a los líderes, y posiciones deslizadas al espontaneismo por una confianza cuasi-moral en las bases obreras³⁰, el *lugar de trabajo* opera como espacio privilegiado para el ejercicio de una dialéctica entre dirigentes y base, cuyas características lo vuelven en el terreno fértil para la configuración de una determinada conciencia de los trabajadores (y coagulación de un nuevo parámetro de “lo justo”); la articulación a partir de allí de un horizonte de acciones colectivas orientadas al cambio de la situación de “indignidad”; y el control de las presiones hacia la burocratización de estos dirigentes o activistas por parte de la base de trabajadores.

Esto nos reenvía a “la fábrica” no como territorio aislado (aunque siempre aislable analítica y políticamente) sino, como han destacado distintos historiadores del movimiento obrero argentino³¹, como espacio sin el cual es imposible comprender la historia de luchas sociales y políticas del siglo XX en el país. En Argentina, la relación entre CI y CD, izquierda y relación de fuerzas entre las clases a nivel nacional, puede verse con claridad en distintos momentos a lo largo del siglo XX. Las investigaciones de los últimos años sobre la década del '30 centradas en las organizaciones de fábrica o lugar de trabajo, su relación con los ciclos de conflictividad y las huelgas generales, y con las corrientes políticas con influencia en el movimiento obrero (especialmente en el Partido Comunista), han sido un gran aporte

³⁰ Sheila Cohen (2011) realiza una crítica al lugar de los militantes políticos en los procesos de radicalización que se dan en el lugar de trabajo, por considerar que se desvían hacia cierto vanguardismo. En sus investigaciones opone las nociones de “agencia de clase” vs “agencia de izquierda” como manifestaciones a nivel de las prácticas de la vieja tensión entre lo sindical y lo político, para destacar en los militantes de izquierda el peligro de “despegarse” de la base y, de ese modo, obturar (más que aportar a) la politización. Si bien el peligro señalado es efectivamente un problema constante en la militancia partidaria en el lugar de trabajo (y está bien señalarlo), consideramos que su planteo se desliza a un espontaneismo (directamente ligado a su noción objetivista de solidaridad) que resulta en un obstáculo mayor que el que pretende combatir. El artículo de Darlington y Upchurch 2012 constituye una buena respuesta a los planteos de Cohen.

³¹ Diego Ceruso (2012) realiza un recorrido por distintos historiadores y científicos sociales que analizan la organización sindical en el lugar de trabajo.



en este sentido³². Los estudios que abordan el período de la resistencia en clave de la organización en el lugar de trabajo, sus tensiones con las direcciones sindicales peronistas, sus relaciones con las corrientes y partidos de izquierda, y su incidencia determinante en las oleadas de huelgas contra la “racionalización” como política de estado de la burguesía³³, también han permitido reingresar en ese momento de la historia argentina, con esta clave de lectura. Como puede verse en diversas investigaciones también recientes³⁴, en el ascenso de la lucha de clases del 69 al 76, el papel de estas organizaciones fabriles (cuya máxima expresión fueron las Coordinadoras Interfabriles) con influencia de sectores del “peronismo revolucionario”, el maoísmo, el trotskismo, el guevarismo y otras corrientes que se reivindicaban revolucionarias, resultan un pilar central de la explicación del mayor genocidio de clase de la Argentina, el golpe de estado de 1976³⁵.

Hoy, ese ámbito de politización y organización obrera es también crucial para entender el proceso de revitalización sindical y el protagonismo de luchas laborales en el país. Es en ese espacio que se condensa la contradicción entre el mantenimiento de la precarización laboral de la década del 90 como política de estado de la burguesía, el cambio del “marco de oportunidades” configurado por el crecimiento económico (y del empleo), pero también por la herencia de las jornadas de 2001; la nueva generación obrera; y la creciente incidencia de una extrema izquierda (que en Argentina es fundamentalmente de tradición trotskista) que va cobrando peso en las luchas sociales desde la segunda mitad de la década del 90 y que pega un salto de 2003 en adelante a partir de la política de inserción en los lugares de trabajo, constituyéndose en parte ineludible del proceso de sindicalismo de base.

Mirar el sindicalismo de base en Argentina hoy permite preguntarse por las tendencias y contratendencias que operan para que la fábrica se transforme en un espacio de politización y debate de estrategias políticas. En síntesis, estos elementos permiten, en términos generales, pensar la revitalización sindical como posibilidad de reconstrucción de una

³² Véase Diego Ceruso (2014); Hernán Camarero (2007), Nicolás Iñigo Carrera (2012).

³³ Scheinder (2007), Schiavi (2013) que se suman a los trabajos de Daniel James (1990) y Louise Doyon.

³⁴ Werner y Aguirre, 2009; Lobbe, 2006; Colom y Salomone, 1998; Basualdo 2011; Lorenz, 2007, 2013; H. Schmucler, J.S. Malecki y M. Gordillo (2014)

³⁵ Véase Castillo, 2004.



estrategia anticapitalista en el movimiento obrero y, en términos específicos, analizar ese proceso como una *relación triádica entre un determinado marco de oportunidades políticas* signado, aunque no clausurado, por condiciones económicas, políticas, institucionales (que se juega en el nivel nacional porque involucra la actuación de los estados nacionales en la configuración de estos marcos de oportunidades políticas, aunque encuentre explicaciones a nivel internacional por la globalización de las relaciones capital-trabajo); *las estrategias políticas de los partidos y/o corrientes que intervienen en el movimiento obrero* (y por ende, papel protagónico de los líderes políticos); y *el lugar de trabajo como espacio privilegiado de politización obrera*, y por ende como núcleo duro (necesario aunque insuficiente) de corporización de estrategias anticapitalistas en el movimiento obrero (y, a través de él, hacia espacios extraproductivos).